

AL RESGUARDO DEL **TILO ROJO**



ALEJANDRO GARCÍA MALDONADO

Letrame
Grupo Editorial

© Derechos de edición reservados.
Letrame Editorial.
www.Letrame.com
info@Letrame.com

Colección: Novela

© Alejandro García Maldonado

Edición: Letrame Editorial.
Maquetación: Juan Muñoz Céspedes.
Diseño de portada: Antonio F. López.
Fotografía de cubierta: © Fotolia.es

ISBN: 978-84-17499-07-5

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida de manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación, en Internet o de fotocopia, sin permiso previo del editor o del autor.

Letrame Editorial no tiene por qué estar de acuerdo con las opiniones del autor o con el texto de la publicación, recordando siempre que la obra que tiene en sus manos puede ser una novela de ficción o un ensayo en el que el autor haga valoraciones personales y subjetivas.

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)».

A los niños de Gendhu Kens

Era la primavera de 2010 y me hallaba en Rumania. Me encontraba de viaje con tres amigos por Transilvania: Antonio, un onubense de los míos, el bueno de Fran, mi Ponce de la Puebla, y Mauri, granaíno bonachón donde los haya.

Nos encontrábamos en la carretera que unía Cheile Turzii con Sighișoara. Al volante iba Radu, un simpático taxista que habíamos contratado para llevarnos por aquellas extrañas carreteras plagadas de pequeñas banderas donde, conforme te alejabas un poco de la ciudad, eran más comunes los burros que los coches, y en la que era imposible aburrirse: puestos ambulantes de pieles de animales, vendedores de vidrio, frutas y artesanos daban color y vida a aquellas travesías.

Era mediodía e hicimos un alto en el camino para comprar unas cervezas en una especie de autoservicio. Allí mismo nos sentamos en unos bancos para degustarlas contemplando el paisaje.

De repente, nos dimos cuenta de que, al otro lado de la carretera, teníamos público. Unos niños trataban de llamar nuestra atención y nos saludaban desde unas ventanas en lo que parecía una escuela improvisada, si bien el edificio no era más que un barracón de dos plantas con bastantes años a sus espaldas.

No sé quién de nosotros tuvo la idea, pero todos estuvimos de acuerdo: nos levantamos, volvimos a aquel ultramarinos de las cervezas y no sé cuántos paquetes compramos entre chokolatinas, gominolas, patatas y caramelos.

Cruzamos y esos niños comenzaron a gritar revolucionados mientras avisaban al resto de la clase. No tendrían más de seis años. De repente, decenas de manitas empezaron a moverse entre gritos desde los ventanales y comenzamos a lanzarles cual cabalgata de Reyes. Tuvimos que volver a comprar más.

En uno de esos momentos, incluso unos de aquellos niños se escaparon de la escuela y se agarraron a nosotros. Se sacaban los bolsillos como señal de que no les había

caído nada. Recuerdo las caras de algunos como si fuera ayer.

Dos profesoras se asomaron y tras darnos las gracias besándose la mano y posándola en el pecho, llamaron al orden a aquellos niños, gritaron los nombres de quienes se habían escapado y cerraron los ventanales.

No éramos ningunos santos, como tampoco lo somos ahora. Sin embargo, he de reconocer, que en aquel instante, sentí que podría estar toda la vida haciendo lo que hice. De hecho, creo que disfrutamos casi más que los propios niños.

Tras aquel momento tan divertido, recordé que el nombre del pueblo estaba escrito en un trozo de madera con pintura blanca a escasos cien metros de donde estábamos. Lo habíamos pasado con el coche, pero no le había prestado atención.

Fui a mirarlo por curiosidad y se me quedó grabado su nombre: Gendhu Kens. Por temor a que en realidad se tratase de otra cosa, me acerqué a unos ancianos y pedí a Radu que viniera conmigo para ayudarme a preguntarles y así asegurarme. Era el nombre del pueblo, sin ninguna duda.

Sorpresa mía que cuando volví a Italia, donde residía entonces, y busqué en Internet su nombre, no aparecía ninguna mención del pueblo.

Sorpresa mía que, años después, comenzara una novela que tendría lugar en aquel paraje.

Capítulo uno: La Espera

La alambrada sonaba a lo lejos movida por el viento, y la tierra mojada parecía crujir con el andar de los carruajes que pasaban de largo.

«Templanza requiere acción, voluntad, esfuerzo; sangre instruyendo almas... Encienda el candil cuando haya regresado». Una y otra vez, como un péndulo, esas dos frases iban y venían en la mente de Tiziano. Aquel recadero llegó con ese mensaje hacía solo unos días, el cual firmaba una mujer de la que jamás había escuchado su nombre: la dama del Éromo de Aras.

Alrededor de la cabaña reposaba un ambiente salvaje, primitivo, como si no hubiese nada más alrededor que tierra yerma. El olor a humedad se mezclaba con el de la madera curtida por noches de tempestades. Los rayos de sol, como en cada amanecer, luchaban por despuntar tras los rocosos Cárpatos.

Tiziano se encontraba junto al casetón de las herramientas buscando el fuelle, y solo hallaba maldecir todos y cada uno de los objetos que encontraba a su paso. Quedaba demostrado que "el orden del desorden" ya no le valía como excusa y principio que justificase aquel estropicio desordenado. Y es que así solo conseguía una cosa: perder el tiempo.

—Aquí está —refunfuñaba malhumorado para sí mismo. Al agacharse, se dio cuenta que llevaba demasiados días aplazando recortarse la barba.

El amanecer era sombrío, y los árboles se dejaban airear la cima de sus copas mientras se zarandeaban frágilmente. Así, casi sin querer, permitían a las gotas de rocío deslizarse por sus hojas para precipitarse violentamente al vacío.

Era finales de otoño, y aún no hacía tanto frío como de costumbre en esas fechas. El ambiente era frío y las casas se encontraban alejadas entre sí. Como si el destino, caprichoso, no hubiese querido que naciera apego alguno entre sus habitantes. Tampoco había vecino ningún río que aglu-

tinara poblaciones. Tan solo, a lo lejos, a los pies de las montañas desde donde aún la luz no lograba germinar, un enorme lago se mostraba imperante ante el paisaje. Allí, sus mansas aguas se entremezclaban con el lodo, lo cual no lo hacía precisamente un lugar indicado para el baño. El ambiente en sí era bastante desangelado, pero a la vez extrañamente familiar.

Recogió, además del fuelle, otros tantos utensilios que había sacado del casetón y recordó quizá poder necesitar. En cambio, dejó el resto en idéntico desorden a como lo encontró. Cerró con llave y entró en la casa al oír el rechinar de la tetera que había dejado en el fuego y de la que se había olvidado por completo. Sin embargo, llegaba tarde, y la espuma brotaba fuera de la tetera. Con tranquilidad, y recordando que en ocasiones anteriores ya había perdido piel de sus yemas por un exceso de ímpetu, la separó del fuego y se sirvió una taza de agua caliente a la que añadió después unas hojas de menta.

Limpio con la mano derecha el mantel que aún contenía pequeñas migas de pan de la noche anterior y se dispuso a extender delicadamente un papiro en su escritorio. Dio un sorbo y tomó la pluma del tintero para empezar a escribir. Había estado toda la noche soñando, y sentía la certeza de que podría entrecruzar tales frutos de su imaginación con hechos cotidianos para darle un mayor realismo a su futura obra. Esa obra fantástica que se le resistía y jamás llegaba a comenzar. Una vez más, en cuestión de segundos, quedó paralizado, bloqueado, mientras miraba el papiro con la pluma entre sus dedos. En la punta de la pluma una gota de tinta se balanceaba, suspensiva, como vacilando con la gravedad. No se le ocurría cómo comenzar su prosa. Cómo comenzar esa flamante historia que no había manera de que fluyese de su mente y sus manos. No era muy paciente con él mismo, luego decidió abandonar momentáneamente sus ansias de dar vida en papel a sus cavilaciones.

Se acomodó cuidadosamente hacia atrás en el respaldo de la silla mientras se mullía sus ropajes. Soltó la taza, aún caliente entre sus manos, y desesperado cerró los ojos.

Aquellos sueños y experiencias que tenía en mente relatar se le habían desvanecido y se preguntaba a sí mismo qué hechos podría relatar entonces.

Movía el entrecejo ininterrumpidamente mientras continuaba con los ojos cerrados. Era como si quisiera convenirse a sí mismo de que estaba pensando en algo interesante cuando no era así. Se irguió de su silla y, decidido, agarró la pluma para dar inicio. De repente, un golpe tosco del ventanal que permanecía entreabierto le sobresaltó. Disgustado por haberle roto su presunta inspiración, se levantó y se dirigió veloz al ventanal para cerrarlo, como quien acude a reprender a su hijo tras una travesura.

La mañana iba avanzando y cada vez más pájaros se dejaban oír revoloteando. Las matas se convertían en una especie de salvajes péndulos que bailaban haciendo ondas mientras se rozaban unos con otros. A su vez, el viento, que se hacía cada vez más insurgente y tenaz, chocaba contra las maderas desclavadas del exterior de la cabaña.

No pensaba salir en todo el día de casa, y previendo que sería un día hogareño, decidió prender el fuego de la chimenea para así darle utilidad a aquel fuelle que tantos quebraderos de cabeza le trajo por la mañana. Prendió el fuego y volvió a coger la taza para sentarse en su butaca, mucho más cómoda que su silla del escritorio. Aquella butaca era muy antigua, tanto que, con el paso de los años, había ido cediendo hasta prácticamente rozar el suelo con su asiento. Con cierta desidia y ansiedad, cogió de la mesa su pipa con la otra mano y comenzó a fumarla.

Hacía ya años que Tiziano no tenía noticias de nada, ni de nadie. Vivía apartado de la sociedad por voluntad propia y no le apenaba, le alegraba que así fuese. Sin embargo, no se consideraba un ermitaño, ni tampoco alguien que con resignación hubiese perdido la esperanza en todo. De hecho, nunca se reveló así en público, ni siquiera en la intimidad ante su noble y fiel Sánom, un perro de pelaje trufado y robusto esqueleto que siempre esperaba el momento en que la chimenea comenzara a caldear para situarse plácidamente sobre la alfombra.

En otro tiempo, Tiziano había sido líder de una pequeña comunidad, y en el momento en que esta alcanzó su mayor esplendor, decidió abandonar el cargo sin mediar razón alguna a los demás. Continuó un largo tiempo en la ciudadela de la que fue gobernador, pasando desapercibido. Prefirió pasar a convertirse en un testigo anónimo del devenir de los acontecimientos que se daban en las calles. Más adelante, decidió reunir sus pocas posesiones y, con una misión encomendada, marchar con Sánom hacia el bosque.

Semanas más tarde encontró este recóndito lugar del mundo. Por el camino avistó algunas casas solitarias con claros síntomas de abandono. Jugaba a imaginar qué había pasado con la vida de sus últimos moradores. Quizás huyeron tiempo atrás, o tal vez no tuvieron descendencia y a nadie le constó sus muertes.

Ya había desistido de su enésima intentona de escribir, vencido por aquello que le producía aquella extraña contradicción en su interior y a la que no lograba darle nombre. Realmente no le preocupaba porque estaba firmemente seguro de que algún día le vendría esa maldita inspiración que tan empeñada estaba en esfumarse. Sin embargo, a su vez, también le enojaba no ser capaz de dar el primer paso y ver cómo los días pasaban teniendo por momentos ideas que para él eran reales y fantásticas, pero sin llegar a plasmarlas como él deseaba. Este conflicto le duró unos minutos mientras se mecía en su butaca. El crepitar la leña fogueando hizo que sus ojos se cerrasen adentrándose en una deliciosa somnolencia.

Le encantaba pasar las horas durmiendo. Odiaba la pereza, pero tampoco se veía capaz de luchar contra ella, refugiado en la tranquilidad y la calma que le producía el simple hecho de vivir sin responsabilidades y tener la certeza de que podía alimentarse con lo que le daba la tierra.

Antes de conciliar el sueño dirigió una última mirada al tintero, el cual servía de apoyo a la pluma, ya seca en su punta. Sánom no dejaba de observarle. Tiziano se percató y le llamó con un gesto imperceptible. Poco hacía falta para que ambos viejos se entendieran. El perro se acercó lenta-

mente y con una docilidad pasmosa colocó el cuello a la altura de la mano de Tiziano. Este empezó a rascarle cariñosamente la oreja mientras se confesaba:

—¿Qué debería hacer, Sánom? No valgo para escribir, y ya sabes que para actuar... Preferiría seguir pensando que sí, que habría podido proseguir. No era tan difícil, aquellas gentes vivían en armonía, y no por mí, sino porque no conocían la malicia.

Trataba de quitarle hierro a su época de líder comunal, y de ello hacía confesor a Sánom. Hacía tiempo que no se asustaba de hablar solo o en su defecto al perro, el cual comenzó a agazaparse hasta quedar dormido mientras continuaban las divagaciones de su amo.

Durante años, Tiziano había recibido una educación humanista, de ciencias nobles, alquimia y artes. Hijo de padres con escasa instrucción, algo totalmente normal por entonces, Tiziano nunca quiso dedicarse al trabajo familiar. Sorprendentemente, sus padres aceptaron y dispusieron ciegamente sus ahorros para conseguir una rica enseñanza para su primogénito.

Tiziano jamás había experimentado en su vida lo que había más allá de aquellas preciosas montañas que podían observarse desde el alfeizar de su cabaña, y no más de tres días de camino le distaban de la ciudadela que en su día gobernó. Sin embargo, aquel lugar en el que hoy se hallaba jamás pudo pensar que existiese más allá de su propia imaginación. Había oído hablar de otros bellos lugares por boca de Diurno. Lugares que, como aquel, contaban con preciosos atardeceres en los que las hojas de los árboles enrojecían como brasas con la luz del sol.

En cambio, aquello superaba toda expectativa. Era, para él, y probablemente solo para él, un lugar perfecto.

Una era la fuente de saber que le había narrado qué se encontraba más allá de aquellos Cárpatos que lo habían visto nacer, crecer y envejecer. Se trataba de Collin de Rais, un guerrero proveniente de reinos extranjeros durante su juventud, sabio druida en su vejez. Fue él su mentor en las artes y ciencias. Además, le transmitió todos aquellos sabe-

res que ya siendo pequeño y benévolo le hacían sentir una inquietud en el alma, una inquietud que le pedía a gritos librarse de la inmundicia de la rutina.

Sin embargo, entre tantos inventos, elementos naturales, reflexiones filosóficas y lecciones humanistas que ambos acuñaron en infinitas e innumerables veladas, jamás De Rais le mencionó algo que quizás se antoja indispensable para el progreso intelectual de una persona. No fue del todo casualidad que así sucediese.

En los últimos días de vida de Collin, este, en su lecho de muerte, pidió que acudiese Tiziano a su lado. Con dificultad para respirar agarró la mano de su discípulo y trató de decir algo. Tiziano, superado por la situación, se acercó a su boca para poder escuchar lo que su maestro quería decirle. Este, frágilmente le confesó al oído: «Jamás quise corromperte. Por eso jamás hablamos de Historia».

Aquella confesión fue tan lapidaria como impactante para Tiziano. Para De Rais nunca tuvo sentido alguno enseñarle a su discípulo acerca de la Historia. Sabía de la valía instrumental de la misma, pues resulta innegable que enseña errores y aciertos del pasado. No obstante, más le pesaba la idea de que el hecho de estudiarla era una burda fatalidad humana. No serviría realmente para instruir ni a Tiziano ni a nadie. Todo lo contrario, consideraba que era eso lo que realmente hace que el ser humano no sea capaz de desarrollarse plenamente, superarse y evadirse de estereotipos, tópicos y márgenes que limitan y atrofian su genio.

A fin de cuentas, el hecho de contar la Historia iba a ser siempre para que el discípulo supiese quiénes fueron los vencedores y quiénes no, y de estos últimos nunca contarían la versión, ya que no se permitiría al vencido legado alguno desde sus vivencias. En otras palabras, el tren de la Historia no se podía permitir perder el tiempo con los caídos. Además, el ser humano, para De Rais, siempre caería una y otra vez en los mismos errores hasta la posteridad, supiese o no lo acontecido en el pasado, porque así era su condición.

Podría parecer que recordar lo que hicieron nuestros

antepasados sí que podría liberarnos de cometer los mismos errores y que De Rais estaba totalmente equivocado. Sin embargo, De Rais consideraba que esos «errores» dependerían de si tus antepasados fueron vencedores o vencidos, si aquellos errores les favorecieron o todo lo contrario.

La Historia, para De Rais, impedía al ser humano simplemente progresar, crear dentro de él una fuente de energía que llegase a darle a la humanidad la felicidad colectiva de la que realmente podría y debería gozar. La Historia siempre se vería menoscabada por manipulaciones, traiciones, demonizaciones, injurias, calumnias o vanaglorias sobre hechos o personas que probablemente no las merecerían. Ya fuese para bien, ya fuese para mal.

Jamás, sin embargo, le oyó Tiziano decir estas palabras a su mentor. De Rais le hizo saber todo esto en unas hojas de papiro que le entregó mientras se encontraba postrado en aquel lecho a punto de abandonar la vida. Para amarga sorpresa de Tiziano, jamás había experimentado tal laguna en su estudio. No concebía más que estudiar lo creativo que rebosaba de la ciencia y el arte procedente de las manos del hombre. Una vez leído lo último que De Rais le entregó en sus manos, no pudo evitar llorar ante tales escritos, pues con esas palabras taciturnas puso De Rais fin a su enseñanza. Así, en silencio, fue en aquella noche Tiziano el último testigo de la última exhalación de aquella eminencia.

Tras aquella noche, Tiziano sintió la enorme necesidad de conocer qué había más allá, necesidad la cual le carcomía por dentro. Sin embargo, también le atraía la idea de gobernar aquella ciudadela y en honor a De Rais decidió dedicarse en cuerpo y alma a ello.

Siempre le quedó la duda de si fue poco tiempo tan solo dos años, pero fue el tiempo suficiente que necesitó para «poner las cosas en su sitio». Quizás, lo difícil no era hacer aquel laborioso empeño, sino mantenerlo, que la ciudadela no perdiera aquella preciosa armonía sinfónica que entonces poseía.

Aun así, tras aquellos dos años, y tomada su decisión de

partir hacia aquella soledad escogida, decidió encomendar una misión a alguien antes de abrazar aquellos prados de hojas secas y gigantes tilos, alejados de su pueblo.

Se decidió así a observar a las gentes que vivían en su ciudadela, y les hacía preguntas sobre la Historia. Ninguno hablaba de hechos concretos, y si lo hacían, era por testimonios de testigos o forasteros que se lo habían contado. Nadie sabía a ciencia cierta nada de la Historia, de algo que cada vez sentía Tiziano más importante, básico, ya no para corregir errores, pues creía aún en las disciplinas de De Rais y en el virtuosismo de la mente limpia del hombre, sino simplemente por el afán de conocimiento.

El tiempo pasaba conforme iba haciendo preguntas a los aldeanos y comerciantes que pasaban cada cierto tiempo cerca de las murallas de la ciudad.

Una mañana, se encontró a un chico joven, de cuerpo delgado y fibroso, que recogía arándanos en un pequeño huerto. A pesar de los pequeños temporales de los últimos días, aquellos frutos aún permanecían milagrosamente intactos. Tiziano se acercó a él.

De complexión ancha, era visible que aquel cuerpo estaba curtido en el trabajo del campo. Las cicatrices resaltaban en sus manos, y poseía ojos muy claros e inocentes que penetraban con su mirada. Era alto, un poco desgarbado, como si su cuerpo hubiese decidido crecer antes de dar al chico tiempo de asimilarlo. Caía en sus hombros una prominente melena castaña y destacaba en su faz una incipiente barba que aún no había llegado a definirse del todo. Le preguntó qué sabía de más allá de las murallas, de la Historia, y su respuesta fue inesperada.

—Nada, señor:—respondió aquel chico.

Era una persona única en la aldea, presa de su inocencia, tanto que era capaz de hacer confesión abierta de su propia ignorancia sin siquiera darse cuenta. Por primera vez, tras varios días deambulando por la ciudadela mientras escuchaba insustanciales conversaciones en las que el orgullo no permitía asumir el desconocimiento propio, al fin Tiziano encontró una persona capaz de responder con una sinceri-

dad atronadora.

Estaba convencido de que ninguno de los otros sabía algo con total seguridad, ni tan siquiera podían dar una fecha sobre hechos que de seguro fueron trascendentales para la evolución de la Historia. Sin embargo, todos quisieron contar algo, ansiosos de hacerse notar como personas que conocían algo más que las miserias y bajas pasiones de quienes habitaban la ciudadela.

—¿Te gustaría aprender? —le espetó Tiziano.

—¿A qué se refiere, señor? —contestó el chico con voz sumisa.

Tiziano pensó que aquel chico lo habría reconocido. En cambio, no parecía que supiese que estaba hablando con quien hasta hace poco era su gobernador. Tal vez incluso era mejor así. El chico se mostraría más natural.

—Al conocimiento, al saber, pero al conocimiento real, más allá de saber leer y escribir.

El chico lo miraba como si fuese una aparición. Permanecía en silencio y dejó de mantenerle la mirada, devolviéndola a la tierra.

—No has de demostrarme nada, pero si me lo permites, te instruiré.

El joven se encontraba intimidado y permanecía cabizbajo sin saber aún qué decir. Es más, estaba seguro de que no llegaba a comprender lo que aquel hombre le quería decir. Había entendido que le quería ofrecer una instrucción. Era la primera vez que alguien le ofrecía la posibilidad de ser educado, de enseñarle algo que no fuese realizar trabajos más propios de animales de carga que de seres humanos.

Entró al establo, donde su viudo padre se encontraba limpiando las herraduras de los caballos, mientras sus dos hermanas pequeñas jugaban despreocupadas haciendo revolotear la paja por el granero del altillo.

—Padre... —dijo el chico.

En cambio, Tiziano le interrumpió en seco.

—Caballero, soy Tiziano Moradis, el antiguo gobernador de esta ciudadela que los mercaderes llaman Gendhu Kens.

—El chico sintió como un puño sobre su estómago, ¿cómo

no le había reconocido?—. En el pasado fui discípulo de De Rais, hombre querido y respetado dentro y fuera de estas murallas. He observado el buen hacer de su hijo durante el trabajo y querría saber si estaría dispuesto a que me sirviese de asistente. Precisaría de sus servicios y además podría aprender de mí acerca de todas las nobles ciencias que abarca el conocimiento.

El chico quedó atónito al oír esto. Su padre, entre tanto, continuaba limando las herraduras y, sin levantar la mirada hacia los ojos de Tiziano, le respondió:

—Mi nombre es Pelago y necesito a mi hijo para el trabajo, ¿cuánto tiempo le robaría? ¿Por qué él? ¿Acaso cree que porque seamos pobres puede venir así a llevarse a mi hijo? —le preguntó rudamente ya sí mirándole a los ojos.

Tiziano no se esperaba una respuesta así. Sin embargo, entendía que aquel padre actuase de aquella manera. Quizás había sido demasiado directo en sus formas. Tiziano, pesar de haber sido el gobernador local, era más joven que Pelago, lo cual le imponía un enorme respeto. Siempre se había mostrado partidario de hallar consejo en los más ancianos durante sus años de mandato. Tal vez había sido demasiado directo al presentar sus intenciones. Volvió a ordenar sus palabras y respondió:

—Disculpe mi osadía. No crea que ofenderle es mi intención. Mi hermano menor podría trabajar en las mismas labores que su hijo. Tiene bastante experiencia y es corpulento. Estaría encantado, estoy seguro. Me debe algunos favores.

—¿Por qué mi Saifel? —insistió de nuevo Pelago—. Solo sabe leer y escribir. Sé bien quién eres, tú regías esta ciudadela. Estoy seguro de que podrías encontrar a otras personas más listas y sin callos en sus manos. Mi hijo es noble, pero solo de espíritu, y a sus quince años solo sabe de arándanos y de caballos. No entiendo su interés, ¿por qué?

—Porque arde en deseos de saber. Él no me lo ha dicho, pero lo percibo. Créame, sé que sería bueno para su hijo.

El padre quedó perplejo. No era para menos: su ignorancia iba acompañada de formas que dejaban mucho que de-